

# REVISTA

CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

---

NUMERO 7°. SETIEMBRE-1890

---

## SUMARIO:

- I Ciencia y Fe.....Tomás Alvarado.  
II Discurso académico.....Manuel Coronel.  
III Las bellas artes en el Ecuador...Pablo Herrera.  
IV Discurso escolar.....Jesús M. Bernal.  
V Cuadro sinóptico de Legis-  
lación.....Remigio Astudillo C.  
VI A Mecenas [Poesía].....Tomás Rendón.  
VII Boletín Universitario.



CUENCA

---

IMPRENTA UNIVERSIDAD DEL AZUAY-POR MIGUEL VINTIMILLA.

ECUADOR

---

## REVISTA CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

---

AÑO 1° } CUENCA, SETIEMBRE 30 DE 1890 { NUM. 7°

---

### CIENCIA Y FÉ.

*(Conclusión.)*

#### III

La falta de fe no sólo arguye falta de razón, sino también de probidad; como quiera que la probidad es patrimonio exclusivo del creyente. "Justus ex fide vivit". La fe es la vida del que es hombre honrado, nos dice el grande Apóstol; y nada es más cierto que está máxima inspirada.

La verdadera honradez consiste principalmente en respetar los inviolables derechos que dicen relación con nuestros grandes deberes. Y si el primero entre todos estos deberes es el de someternos á las enseñanzas de Dios, si somos razonables, por lo que ya queda expuesto, no es probidad, digámoslo una vez por todas, no es honradez negarse al cumplimiento de obligación tan sagrada, la más imperiosa de todas las obligaciones; mucho menos inducir á los demás á despreciarla, con ejemplos perniciosos ó con escritos infames, que entrañan una incredulidad mal disfrazada, la estoica incredulidad de los que, á fuerza de corrupción en sus costumbres, llegan á acallar la voz de su conciencia, para constituirse en apologistas del error, por egoísmo.

Lejos, muy lejos están de ser honrados esos sectarios sin convicción ó incrédulos en ciernes, á trueque de obtener una triste celebridad en el mundo de las opiniones, ó de confiar sus nombres á los ecos de una reputación mal entendida, arrojan al rostro de la humanidad sus usurpados sofismas; sin que ni su razón les persuada,

ni su conciencia les dicte, ni su convicción les guíe. Estos tales sacrifican el honor por los hombres; y su decantada honradez no es otra cosa que la infamante máscara de la más deplorable hipocresía.

"Hijo mío, escribía Racine (citado por Augusto Nicolás), á un hijo suyo, hijo mío, me complazco en suponer que cifras tus aspiraciones principalmente en ser honrado; pero sábelo, esto es imposible, sin dar á Dios lo que le pertenece." El concienzudo Joubert, también citado por el insigne autor del "Arte de creer", resume esta verdad cual ningún otro: "Los que carecen de fe, dice, están privados de una virtud principalísima; pues, aunque tuviesen todas las demás, no serían nunca honrados".

Pero tomemos la cuestión bajo otro aspecto, y así nos convenceremos de que la absurda pretensión de los que intentan deslindar de la fe su probidad quimérica, entraña perniciosas consecuencias, que dan en tierra con el verdadero concepto de moralidad, que toman por pretexto, é invaden, al mismo tiempo, los dominios de la conciencia. ¡Moral independiente! ¡Libertad de conciencia! . . . Hé aquí á donde conducen las teorías de Proudhón y sus secuaces.

El hombre es un ser inteligente y libre, y, como tal, debe dirigir todos sus actos á la consecución de un fin que corresponda á sus aspiraciones. Esta dirección supone una norma indefectible, una regla invariable á que deba ajustarse en su conducta, ó sea en el cumplimiento de los deberes que han de guiarle á sus eternos destinos; y á la que damos el nombre de *moral*, en la propia acepción de la palabra. De tal manera que, tanto el concepto de moralidad, como el de honradez bien entendida, suponen el cumplimiento del deber; y un hombre, sin ser moral, nunca puede ser honrado.

Resta saber si puede darse una moral perfecta y sólida, independientemente de la Religión ó de la fe; y si la razón se basta por sí sola, para establecer un sistema universal y completo. Tal es y ha sido siempre la pretensión de la filosofía incrédula; pero esta pretensión es un delirio, por cuanto es imposible dar al género humano un grado de razón que no ha tenido nunca, desde que fué criado. Así lo comprueba el hecho constante, irrefutable de que jamás se vió en el mundo una nación que tuviese un código esencial de moralidad, sin el auxilio de alguna revelación que la ilustrara.

¿Qué diremos ahora de aquella especie de instinto, tan ineficaz, como quimérico, conocido con el nombre de sentimiento moral? ¿Qué diremos de aquel decantado pundonor, en virtud del cual se sacrifica hasta la vida en aras de la opinión? ¿Qué diremos, finalmente, de aquel respeto innato que el hombre tiene á la sanción de las leyes que regulan la sociedad, y de otros mil pretextos que la incredulidad inventa, para hacer de su pretendida libertad, la religión del mundo? . . . Todos ellos tienen su origen en el más trascendental de los absurdos,

que consiste en buscar en el hombre mismo el principio inmutable de moralidad que ha de dirigirle á su fin último.

La moralidad es algo que debe avalorarse con arreglo á un criterio cierto, ó en conformidad con un tipo íntegro, al cual deban ajustarse nuestros actos, en cuanto nuestra limitación deplorable lo permita. Esta unidad de justicia y de verdad es lo que llamamos Dios. Por consiguiente, quien quiera ser honrado, tomando, como debe hacerlo, por base de su honradez la moralidad de sus actos, debe dirigirse á Dios por medio de la fe: De tal manera que, ó la moralidad no existe, ó depende de la fe; y el concepto de moral independiente es un contrasentido, á todas luces.

¿Pero y la conciencia, nos replica el siglo, no basta por sí sola como el criterio interior de todos nuestros actos? ¿No es el juez oculto, independiente, que recompensa el bien que aprueba y castiga el mal que condena inexorable?— La conciencia. . . ¡Ah! la conciencia es ciertamente el santuario secreto de nuestra alma, donde escuchamos la omnipotente voz del Juez Supremo; pero este santuario se convierte, por desgracia y con frecuencia, en la prisión oscura, donde el alma, ensordecida por el vicio, no escucha ya la voz que le advierte su miseria.

La conciencia independiente de Dios, de la Religión, de la fe, es el mayor de los absurdos, y la libertad de conciencia, así tomada, un contrasentido manifiesto. La voz de la conciencia es la voz del mismo Dios, en quien debemos creer, si queremos ser honrados. "No hay probidad sin Religión, ni Religión sin probidad" ha dicho el insigne Bourdaloue, el orador eminente de la razón y de la fe cristianas. Y nosotros añadimos, que el hombre sin fe es un hombre sin honor y sin conciencia.

#### IV

Hemos visto cómo la fe y sólo la fe nos da las nociones perfectas de verdad y de justicia; réstanos concluir manifestando, con la brevedad posible, cómo ella sola explica el concepto verdadero de felicidad, que tan en alto proclama nuestro siglo, y que lo busca en la libertad absoluta, ó, lo que es lo mismo, en la absoluta impunidad del desorden absoluto, que es precisamente la mayor de las desgracias.

¿Qué es la felicidad? La felicidad es el problema eterno de la vida humana. Problema para cuya solución es impotente la ciencia, por sí sola; pues, á medida que se ha apartado de la fe, para encontrarla, ha proclamado el error en sus más funestas formas. Pero, mientras el materialismo hace consistir la felicidad en la acumulación de las riquezas; mientras el epicurismo la busca en la satisfacción de los placeres, y el racionalismo en el progreso indefinido, tan en boga en nuestros tiempos; la sana filosofía, de acuerdo con la fe, nos

patentiza que, siendo Dios, como Bien Sumo, el fin último del hombre, la felicidad relativa, de que aquí tratamos, no puede consistir en otra cosa que en aquello que conduce á la humanidad al Bien Supremo, es decir, en el cumplimiento de la ley moral, ó, lo que es lo mismo, en la realización de la verdad y la justicia.

Filosóficamente hablando, un ser cualquiera es feliz, cuando se halla en relación con la ley de su naturaleza. El hombre, dotado de inteligencia y voluntad, tiene por ley de su naturaleza la verdad y la justicia; y por lo tanto, en la realización de esta ley, ó lo que es lo mismo, en el cumplimiento del orden moral, inconcebible sin la fe, como lo hemos demostrado, consiste su felicidad verdadera. En el quebrantamiento de esta ley, ó sea en el desorden moral, que es á donde conduce la libertad absoluta, proclamada por el siglo, allí está, para el hombre, la mayor de sus desgracias.

Hagamos, ahora, aplicación directa de esta verdad á la condición presente de la humanidad degenerada.

La filosofía reconoce, que habiéndose restablecido el orden moral por una reparación proporcionada, en esta reparación debe fundarse, desde entonces, la ley moral de nuestro ser degenerado. ¿Pero, cuál es esta reparación universal?; ¿en qué consiste? Aquí enmudece la sabiduría puramente humana; y es preciso escuchar al Evangelio, ley de justicia y de verdad, ley de amor y de perdón, al mismo tiempo, que obliga en razón de la gracia que dispensa, á condición de la fe en la rehabilitación del hombre, por el Verbo hecho Hombre. La fe en el Evangelio nos enseña que, habiendo sido la naturaleza humana degradada, por la herencia del mal contraído desde su origen, ha sido ennoblecida por una reparación suprema, que abraza á la humanidad entera; ha sido puesta de nuevo en armonía con la ley moral, y restituída, de este modo, á la posesión de la felicidad perdida. Desde entonces, el código universal del Evangelio es la clave de la felicidad verdadera. Desde entonces, el problema de la felicidad, que es como el elemento de la vida, á cuyo impulso, late sin cesar el corazón humano, se halla sintetizado en esta máxima sublime: "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán hartos de ella."

Hemos visto, pues, cómo la filosofía divina del cristianismo completa y perfecciona á la filosofía puramente humana, que se limita á considerar nuestra naturaleza deficiente, incapaz por sí sola y sin el auxilio de la fe, para penetrar en los verdaderos conceptos de la verdad, de la justicia y del bien, que son los únicos que explican la razón, la honradez y la felicidad bien entendidas.

Réstanos añadir, en conclusión, como creyentes que armonizamos nuestra razón con nuestra creencia, que, si Dios, como Verdad absoluta, es el objeto de la ilimitada aspiración de nuestra inteligencia, ennoblecida por la fe; si, como Justicia soberana, es el Autor de la ley

á que debemos ajustar nuestra conducta, trazada por la fe; si, como Bien supremo, es el término adecuado de nuestra voluntad, enaltecida por la fe, debemos creer, y reverenciar y amar á Dios, para ser razonables, honrados y felices.

*Tomás A. Alvarado.*

## CIENCIA Y FE,

6

### LA CONFIANZA EN DIOS.

¡Calma, oh mar! ¡Calma, oh mar! ¿Por qué tus ondas  
Desatienden la voz de mi quebranto?  
¿Tus abismos de horror, de eterno espanto,  
Son también implacables como Dios? . . .

Tal, un grito de muerte se escuchaba,  
En alta mar, do en breve sumergida  
Iba á ser una nave, combatida  
Por huracán deshecho, aterrador;

Y era esa voz doliente la honda queja  
De una madre infeliz, que, en su despecho,  
Estrechara, por vez postrera, al pecho,  
Al tierno fruto de su casto amor.

Y en tanto que inflexible al nauta, fijos  
Conservando los ojos en el cielo,  
Cual si insensible de su esposa al duelo,  
Continuara en estoica observación,

Tornando hacia él frenética, clamaba:  
¡Desleal, infame, esposo desalmado!  
¿También tú, con el cielo has acordado  
A mi ansiedad negar consolación? . . .

¡Ah, maldita mil veces esa ciencia  
En que confías con delirio insano!  
¡Maldito amor, que ante la muerte es vano!  
¡Malditos cielo y mar! ¡Maldito Dios!

A tal clamor satánico, el marino:  
¡Blasfemo es el dolor! dijo, blandiendo  
Su enorme espada; y luego arremetiendo  
A su esposa con tétrico furor,

Con mirar torvo y ademán resuelto:-  
!Muere, la dijo, desespera y muere!  
Y ella clamó á una voz; -Infame, hiere;  
Mas, no cedas cobarde ante el amor! . . .

Depuso, entonces, el capitán creyente  
El arma aterradora, y conmovido:  
¡Desgraciada! exclamó, dando al olvido  
De su esposa la horrible imprecación,

¡Desgraciada! tú crees que mis enojos  
Pueden ceder ante mi amor sincero;  
Crees que aun el hombre tiene verdadero  
Amor, que guarda en frágil corazón.

Crees en mi fe de esposo. . . . ¡Y no es tu padre  
El Dios, de amor océano inextinguible,  
Cuya bondad has creído inaccesible,  
Rindiendo tu esperanza ante el dolor? . . .

Huyó al instante, á reflexión tan sabia,  
De la madre infeliz el desconsuelo;  
Y juntos elevaron hacia el cielo  
Una plegaria de *confianza en Dios*.

*Tomás A. Alvarado.*

Cuenca, Marzo de 1879.